



"Trineo automóvil utilizado por el Dr. Charcot en su exploración de las tierras antárticas."
"Llegada a la isla Guernesey del buque 'Pourquoi-Pas' que condujo a la expedición del Dr. Charcot. (De fotografías de M. Branger)"
1910, n.º 1.485, p. 392.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

No hay cosa más antigua y más joven que la Navidad.

Cada año parece que, remozada por conjuros en fontana misteriosa, por milagro de hadas, cuya varita es resurgidora de la vida y enemiga de la destructora muerte, la Navidad renace, con sus frescos atractivos pueriles y candorosos, con su secreto de niñez, de alegría y de hogar. Y es que la Navidad es la familia, es el hijo, es la cuna, es la felicidad sana y clara de la vida íntima. En otras fechas del año, el hombre se divierte; pero sólo bajo el hechizo de la Navidad es realmente dichoso.

Los que no tienen familia, durante todo el año se sienten libres, exentos de deberes, independientes, en anárquico aislamiento; en Navidad, en cambio, se encuentran solos, muy solos, y buscan el arrimo del hogar, aunque sea prestado y ajeno. Es una noche en que, a falta de familia propia, se improvisa una familia en la amistad. No estar convidado, el 24 de diciembre, por nadie, aunque sea a la taberna ó al bodegón, ó no tener a nadie a quien convidar, aflige como un desheredamiento. La fiesta social por excelencia, la condenación del individualismo, es la Nochebuena.

leyendo la relación de una expedición al polo ártico, género de lectura á que soy aficionada, me conmovió ver cómo pasaron aquellos valerosos exploradores su Nochebuena, cercados de hielo, dentro de una cabaña que habían improvisado con trozos de hielo también. Desde un mes antes, guardaron todos los buenos bocados que aún restaban entre sus escasas provisiones para la cena solemne. Hicieron acopio de leña y grasa para que no les faltase buena lámpara y calefacción. La leña procedía de su destrozado barco, el aceite ó grasa de las focas cazadas. Llegado el instante, los infelices desterrados y perdidos en los desiertos árticos prepararon su mesa, iluminaron y ocuparon sus puestos, olvidando, por un instante, la soledad, el peligro, el abandono. Los manjares y las bebidas reconfortaron sus cuerpos ateridos, el fuego derretió los témpanos pendientes como agujas de vidrio de su barba. Un suave fomento de calorillo discurrió por sus ateridas venas, y su corazón latió alegre y confiado, con la esperanza de poder evadirse de la glacial prisión, volver á la patria, oír las campanas de sus iglesias. Algunos tragos más de cerveza y de aguardiente acrecentaron el bienestar y la ilusión, y entre las fúnebres paredes de la cabaña enterrada bajo la nieve, resonó la risa humana y se alzó el brindis... Un momento más, y el sueño bienhechor cerró los párpados. Y entonces, una transformación: la cabaña se volvió casa, abrigada mansión donde la familia se junta para celebrar una fecha memorable, santa y cariñosa; á la cabecera de la mesa toma asiento el abuelo de cabellos blancos; la esposa, adornada con modestas galas que realzan su hermosura, se coloca al lado del esposo, y distribuye á los pequeñuelos la caliente sopa, teniendo cerca de sí al último, al más travieso, para

darle de comer ella misma. Un lugar preferente, próximo á la chimenea que arde con vivas llamaradas, se ofrece al amigo de la casa, que ha entrado con una caja de cartón llena de juguetes para la chiquillería; ésta prorrumpe en risas y bullicio, y el amigo, alzando la caja en alto, se opone festivamente á que la registren, para aumentar la emoción y el interés de la sorpresa... La cena se anima: viene por los aires el pescado condimentado con miel, el enorme ganso asado, cuyo aroma llena el comedor y resucitaría á un muerto; en las copas, el vino espuma, destella como líquido topacio, y cuando llega la hora de alzarlas á la salud del patriarca, del abuelito venerable, el ama de la casa ofrece á su marido las mejillas y él las besa con ternura de hermano, de buen compañero que agradece la dicha de tantos años y la descendencia hermosa y saludable que se sienta con él á celebrar la Navidad. El explorador del Polo, que sueña este sueño, ve su propia cara en la del feliz esposo, y en la rubia cabeza del niño menor, la de su último pequeñuelo, de quien se despidió, no sin escondido llanto. Sí; ha desaparecido la distancia, la barrera de hielo, los peligros, el gruñido de los osos polares venteando presa; no está en el agujero abierto entre la nieve, sino en la dulce mansión, en el sagrado hogar, con los seres que, en el mundo, forman nuestro mundo, fuera del cual nada existe... Y el explorador murmura por lo bajo, al sentir el cosquilleo de la bebida espumosa: «Creí, amores de mi alma, no volveros á ver nunca. Creí que no llegase esta hora.» Mientras dura el ensueño dichoso, la noche transcurre, ó por mejor decir, corren las horas que en otro país serían noche, y que allí son parte de una noche eterna; el frío, que entumece los miembros, despierta á los durmientes; se miran atónitos; apenas saben dónde se hallan; incrédulos, se interrogan... Empiezan á contarse su sueño; ¡todos, todos han soñado lo mismo! Todos han visto su casa, su hogar, sus padres, sus novias, sus nenes. Y en el desaliento del despertar terrible, se abrazan, con el llanto al borde de sus párpados, cuajado y helado también...

* *

La historia se me ha venido á las mientes pensando en estos nuevos descubridores del Polo, que se disputan la gloria de haber pisado primero sus hielos, exactamente iguales á los demás hielos del casquete boreal.

Yo confieso que me inspira alguna desconfianza el descubrimiento, con sus testigos esquimales y su coro de perros que no pueden atestiguar nada, ni ladrando; pero suponiendo que los dos digan verdad, ó que la diga uno solo, y que el Polo haya sido hallado por planta humana, ¿qué resultado positivo, ni aun para la ciencia, tiene este descubrimiento, llamémosle así?

Hay historiadores modernos que se ríen de las Cruzadas, y existió un poeta maleante, mi amigo don Ramón de Campoamor, que satirizó á los que combatían por un sepulcro vacío. Sin embargo, las Cruzadas fueron un medio de que el Occidente se pusiese en activa comunicación con el Oriente; de que se aficionase la humanidad á viajes y largas aventuras; de que se estableciesen relaciones comerciales, y se avanzase en el camino de la civilización. A las expediciones al Polo sí que podría aplicarse con razón lo del sepulcro vacío, y mejor aún, sepulcro lleno de huesos de muchos valientes, que perecieron sin auxilio humano, sin consuelo y hasta sin gloria, puesto que sus nombres apenas se recuerdan.

¿Qué hay en el Polo para que así atraiga á los audaces de todo tiempo, desde el siglo VIII? ¿Qué atractivo revisten los áridos, eternos hielos, para que se arrosten las fatigas espantosas, la muerte, el olvido?

Hay cuatro caminos por donde acercarse al Polo: el estrecho de Smith, las dos orillas del ancho brazo de mar comprendido entre Groenlandia y la Tierra de Francisco José, y el estrecho de Behring. El más seguido últimamente ha sido el estrecho de Smith, por suponerse que en él existían vastas superficies de agua libre que avanzaban hacia el Polo Norte; pero en vez de esas superficies desembarazadas de témpanos encontraron enormes bancos de hielo flotantes que, llevando la dirección del Sur, avanzaban para destruir los navíos y hacerlos astillas, si no se refugiaban en la costa. Un oficial inglés llegó, realizando milagros de tenacidad, hasta los ochenta y tres grados, y volvió diciendo que por allí era imposible acercarse más al eje del mundo.

Otra misión, sin embargo, quiso intentar lo imposible, y subió cuatro minutos más arriba. Después, tuvo que regresar. Como ésta fracasaron, á diferentes alturas y en condiciones varias, muchas expediciones,

y hubo incidentes trágicos; por ejemplo, la desventura de la *Jeannette*, que después de dos años de navegar cautiva en una prisión de témpanos, fué aplastada y hecha añicos cerca de las islas de Nueva Siberia. Tres años después se descubrían restos del desventurado buque, al extremo Suroeste de Groenlandia, incrustados en un témpano. Y el hecho demostró algo científico: que el témpano cargado con esos restos no había podido llegar á aquel punto sino atravesando la cuenca polar. Sólo era posible esto habiendo sido el témpano acarreado por la gran corriente que desciende hacia el Sur y luego remonta hacia el Norte por el estrecho de Davis. Estaba, pues, trazado el itinerario polar, y el suplicio sin nombre de los tripulantes de la *Jeannette* había servido para alumbrar la ruta misteriosa del Polo. Era preciso realizar, en un buque, el mismo viaje que habían hecho los restos de la *Jeannette*.

Tal fué el plan de Nansen, el más serio explorador, en opinión general, de las regiones árticas. Y para este valentísimo viajero, la cuestión de buscar el punto matemático que forma el Polo no es lo que preocupa: lo importante es estudiar, desde el punto de vista científico, los inmensos espacios inexplorados que le rodean. A tal fin ideó su embarcación, sólida y resistente, dotada de todas las condiciones necesarias para la campaña que iba á emprender. Nansen mismo lo ha referido con el encanto de las narraciones verdaderas, que interesan más que novela alguna. Nos ha contado, en un libro atractivo por su sencillez, la construcción del *Fram*, el buque tan admirablemente dispuesto, calculado y provisto para el siempre peligroso viaje; y nos ha referido sus varias aventuras en los bancos, y cómo pasaron la noche de Navidad, á bordo del *Fram*, sus tripulantes, presos por témpanos enormes que les asaltaban á cada instante; pensando todos en los ausentes, pero sin querer manifestar sus pensamientos. La mayor parte de la dotación se compone de hombres casados y con hijos, y á Nansen le ha despedido, al embarcar, su bebé, su «Livita», palmoteando en la ventana, mientras el buque se desliza silencioso y lento por el furdo noruego, para emprender su caminata hacia los mares sombríos y los glaciares contemporáneos de la solidificación del planeta... Desde el día de la partida, en previsión de la gran noche, uno de los tripulantes ha escondido dos cajas con aguinaldos, regalo de su madre y de su novia, y después del festín, servido el tradicional pastel, en que ha trabajado dos semanas el cocinero, aparecen las cajas, y se abren con emoción. Cada cual recibe una pipa, una navaja, una bolsa para el tabaco... Entonces ya no pueden disimularse unos á otros que sólo piensan en los ausentes, que no tienen otro pensamiento. En las horas desalentadas, el alma del explorador se inunda de nostalgia. ¡Si ya estuviese terminado el viaje! ¡Si ya se encontrase de vuelta, pisando la cara tierra natal!

Sin embargo, el explorador declara que la larga noche invernal del Polo no causa esos sufrimientos de que se ha hablado tanto. Casi le da vergüenza decir que, á su regreso, no podrán contar dolores y penas, y que ni han conocido el escorbuto, ni están sino más gruesos y frescos que á su salida de Cristianía. Y es que hicieron gran provisión de sanos alimentos, es que han adoptado precauciones higiénicas y contra la temperatura espantosa de 40 bajo cero. La desesperación es cuando el buque, en vez de marchar hacia el Norte, deriva hacia el Sur. Pero no vale desanimarse: la firme voluntad del noruego reaparece. Es indigno aceptar una misión y abandonarla luego. Hay que aceptar lo que venga. ¡Animo!

Y sigue subiendo hacia el Norte; y no pudiendo hacerlo á bordo del *Fram*, definitivamente aprisionado, asciende en trineo, al través de los hielos, ó arrastrado por ellos; y entonces sí que los sufrimientos son horribles, los riesgos inminentes, las privaciones tales, que apenas se comprende cómo el débil organismo humano puede resistirlas. Hambre, frío, desnudez, suciedad, congelaciones de las heridas, alimentación de carne cruda ó de grasa de oso y morsa, todo lo padecen los expedicionarios, hasta que ya consideran imposible acercarse más al Polo, y deciden retroceder á tierras habitadas por hombres... Y cuando oyen la primera voz humana resonando en las soledades, el estremecimiento de gozo es tal, que él solo vale haber soportado tan larga y cruel tortura. Ya ahora es seguro que volverán á ver á los seres queridos, que pasarán con ellos la primer Navidad, y que el recuerdo del padecer no hará sino acrecentar la dicha de encontrarse juntos. Los que han vivido entre el hielo, sentirán ese calor á ninguno comparable, el calor familiar, el calor de la noche en que Cristo vino al mundo.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.